

# BLANCOS CONTRA ROJOS

LA GUERRA CIVIL RUSA

EVAN  
MAWDSLEY



DESPERTA FERRO



EDICIONES



**BLANCOS**  
**CONTRA**  
**ROJOS**

LA GUERRA CIVIL RUSA



# BLANCOS CONTRA ROJOS

LA GUERRA CIVIL RUSA

EVAN MAWDSLEY



Blancos contra rojos. La Guerra Civil rusa  
Mawdsley, Evan

Blancos contra rojos. La Guerra Civil rusa / Mawdsley, Evan [traducción de Cristina García García].  
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2017. – 368 p. ; 23,5 cm – (Historia Contemporánea) – 1.ª ed.  
D.L.: M-23702-2017

ISBN: 978-84-946275-0-7  
94(47)1917/1920"  
(450+571) 323.272

## **BLANCOS CONTRA ROJOS**

### **La Guerra Civil rusa**

Evan Mawdsley

Título original:

*The Russian Civil War*

First published by Allen & Unwin Inc in 1987

First published by Birlinn Ltd in 2000

This translation of *The Russian Civil War* is published by arrangement  
with Birlinn an imprint of Birlinn Limited.

All rights reserved.

Esta traducción de *The Russian Civil War* se publica según el acuerdo  
con Birlinn, sello de Birlinn Limited.

Todos los derechos reservados.

© Evan Mawdsley, 1987, 2000, 2008 2011

ISBN: 978-1-84341-041-6

© de esta edición:

*Blancos contra rojos. La Guerra Civil rusa*

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º dcha.

28014 Madrid

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-946275-0-7

D.L.: M-23702-2017

Traducción: Cristina García García

Revisión técnica: Jesús Jiménez Zaera

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: septiembre 2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2017 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

# ÍNDICE

Nota de la editorial .....	VII
Prólogo a la primera edición .....	XI
Prólogo a la edición de 2008 .....	XV

## PARTE I - 1918: EL AÑO DECISIVO

1 La marcha triunfal del poder soviético: la toma de poder de los bolcheviques en Rusia central, octubre de 1917 – enero de 1918 .....	3
2 La guerra del ferrocarril: la revolución se extiende, noviembre de 1917 – marzo de 1918 .....	15
3 La paz indecente: la Rusia soviética y las Potencias Centrales, octubre de 1917 – noviembre de 1918 .....	29
4 Los aliados en Rusia, octubre de 1917 – noviembre de 1918 .....	41
5 La campaña del Volga, mayo – noviembre de 1918 .....	51
6 <i>Sovdepia</i> : la zona soviética, octubre de 1917 – noviembre de 1918 .....	65
7 La Vendée cosaca, mayo – noviembre de 1918 .....	79
8 Siberia y los Urales, febrero – noviembre de 1918 .....	91

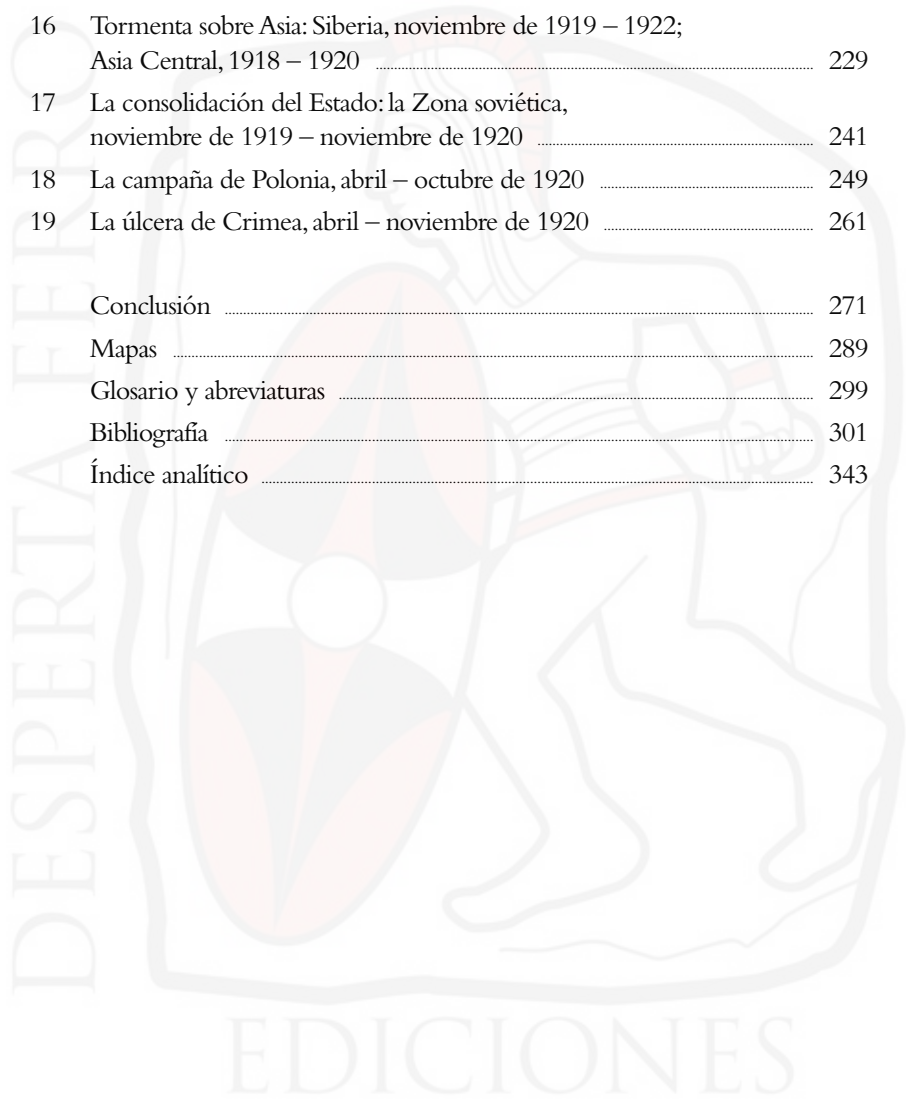
## PARTE II - 1919: EL AÑO DE LOS BLANCOS

9 La Revolución en marcha: <i>Sovdepia</i> y el mundo exterior, noviembre de 1918 – junio de 1919 .....	105
10 La ofensiva de Kolchak, noviembre de 1918 – junio de 1919 .....	121
11 Omsk y Arcángel: Kolchak, junio – noviembre de 1919; Rusia septentrional, noviembre 1918 – marzo 1920 .....	137
12 Las Fuerzas Armadas del Sur de Rusia, noviembre de 1918 – septiembre de 1919 .....	165
13 El campamento militar: <i>Sovdepia</i> , noviembre de 1918 – noviembre de 1919 .....	181

14	El punto de inflexión, septiembre – noviembre de 1919 .....	195
----	---	-----

### **PARTE III - 1920: EL AÑO DE LA VICTORIA**

15	El fin de Denikin, noviembre de 1919 – marzo de 1920; el Cáucaso, 1918 – 1921 .....	217
16	Tormenta sobre Asia: Siberia, noviembre de 1919 – 1922; Asia Central, 1918 – 1920 .....	229
17	La consolidación del Estado: la Zona soviética, noviembre de 1919 – noviembre de 1920 .....	241
18	La campaña de Polonia, abril – octubre de 1920 .....	249
19	La úlcera de Crimea, abril – noviembre de 1920 .....	261
	Conclusión .....	271
	Mapas .....	289
	Glosario y abreviaturas .....	299
	Bibliografía .....	301
	Índice analítico .....	343





# NOTA DE LA EDITORIAL

El año 2017 trae una efeméride de especial interés histórico para comprender el pasado reciente, como es el centenario de la Revolución rusa. Un acontecimiento sin cuyas consecuencias —la aparición de lo que se denominaría el «socialismo real» y otros regímenes o sistemas que, a partir de la experiencia de 1917, trataron de implantar un modelo alternativo al capitalismo— resulta imposible comprender el devenir del mundo contemporáneo, hasta el punto de que muchos autores no han dudado en considerarlo el eje interpretativo del siglo XX. Tal es el caso del «corto siglo XX», popularizado por Eric Hobsbawm; o de «el siglo de la revolución», del profesor Josep Fontana, por citar dos ejemplos especialmente conocidos.

Como toda efeméride relevante, la que nos ocupa tiene también una dimensión editorial. El lector en lengua castellana interesado en la historia de la revolución o, en un sentido más amplio, en el ámbito soviético, ha podido disfrutar a lo largo de todo un año de una cantidad considerable de novedades de distinta índole: traducciones al español de clásicos de la historiografía, reediciones, nuevas síntesis históricas o ensayos interpretativos, a los que se pueden sumar las aportaciones procedentes de la narrativa, la poesía, la biografía o la crítica de arte y cultura, de no menos interés. En conjunto, son pocas las editoriales españolas dedicadas a las ciencias sociales y humanas que no han contribuido, de un modo u otro, a este fenómeno.

La propuesta de Desperta Ferro Ediciones, *Blancos contra rojos: la Guerra Civil rusa*, del profesor Evan Mawdsley, merece algunas consideraciones previas para contextualizar la elección y para justificar la oportunidad de su publicación. Una editorial especializada en historia militar y política no podía menos que optar, por vocación y coherencia, por un título en el que el hecho armado desempeñara un papel argumental esencial y, por tanto, por una obra centrada, no tanto en la revolución —paradójico, si recordamos que se trataba de aprovechar el impulso editorial de su centenario—, como en la inmediata Guerra Civil rusa.

## REVOLUCIÓN Y GUERRA CIVIL

Esto nos obliga a hablar antes de que lo haga el propio Mawdsley, brevemente, de la vinculación entre ambos conceptos, revolución y guerra civil, que, por lo general, han discurrido paralelos en la historiografía, pero, ¿acaso tiene sentido separarlos?

¿no son, en cierto modo, una misma cosa? Buena parte del discurso de Mawdsley trata de dar respuesta a esta cuestión.

La narrativa del proceso revolucionario ruso es, en gran medida y no sin un buen motivo, la del tránsito de los bolcheviques hacia la conquista del poder, aunque esta se puede entender de distintas maneras. La explicación tradicional, y que más fácilmente ha llegado al público, alcanza su clímax en la insurrección bolchevique de noviembre de 1917 (Revolución de Octubre). Con el poder ejecutivo en manos de Lenin y sus colaboradores, todos los acontecimientos desde la disolución de la Asamblea Constituyente en enero de 1918 —que puso fin a la dualidad del poder en favor del modelo soviético— hasta el final de la guerra civil —a finales de noviembre de 1920 en la Rusia europea, pero años más tarde en la periferia del antiguo Imperio zarista— han merecido, en comparación, una menor atención o se han interpretado como fenómenos, en cierto modo, «posrevolucionarios».

Pues bien, el interés de *Blancos contra rojos* a este respecto reside en dos premisas básicas. En primer lugar, para Mawdsley, la revolución no puede considerarse triunfante hasta que los bolcheviques vencen en la guerra civil. El éxito de la revolución adquiere en su obra una dimensión militar. Por tanto, el lector puede deducir que revolución y guerra civil son indisolubles y que, si la narrativa de la Revolución rusa es el camino de los bolcheviques hacia el poder, la culminación de este proceso debe buscarse en el triunfo militar en la guerra. La segunda premisa está relacionada con la primera y tiene que ver con el inicio de la contienda. Los factores y las facciones que concurren en ella son diversos y complejos en extremo, lo que ha dado lugar a que la historiografía no haya alcanzado un consenso sobre su punto de partida. En unos casos se ha señalado la formación del triunvirato Alexéyev, Kornílov, Kaledin y su ataque sobre la Rostov revolucionaria (diciembre de 1917), del levantamiento checoslovaco (mayo de 1918), del papel de la firma de Brest-Litovsk (marzo de 1918) o del levantamiento eserita de izquierdas en Moscú (julio de 1918), pero, enlazando con su razonamiento anterior, para Mawdsley no hay duda: la guerra civil rusa comienza con la propia Revolución de Octubre y no en otro momento porque, sencillamente, revolución y guerra civil son la misma cosa.

### BLANCOS CONTRA ROJOS: LA GUERRA CIVIL RUSA

La primera edición en inglés de la obra de Mawdsley data de 1987, año en el que la Unión Soviética aún existía y no había acceso al enorme caudal de fuentes archivísticas que se abriría con su desaparición. Nadie debe precipitarse y mostrar preocupación, porque no estamos, en absoluto, ante una obra desfasada sino que, por el contrario, sus páginas adquieren un tinte casi «premonitorio» sobre los campos hacia los que se orientaría la investigación a partir de entonces.

Como el autor señala, por aquellas fechas el debate historiográfico en Occidente se centraba, preferentemente, en la cuestión de la naturaleza y legitimidad del poder bolchevique o, por decirlo de otro modo, en si se trataba de un poder impuesto o emanaba de un pulso revolucionario genuino. El debate es apasionante, y puede que nunca deje de constituir la controversia vertebral

de la Revolución rusa, pero implica una cierta predilección por el estudio acotado a las decisiones políticas, a los acontecimientos en los centros de poder (de Petrogrado y de Moscú), a la dinámica de las instituciones zaristas que desaparecían y las soviéticas que emergían en el proceso y al proletariado (y su representación en forma de partidos políticos) como sujeto. En cambio, en *Blancos contra rojos: la Guerra Civil rusa* el lector profundizará en aspectos como la mencionada indisolubilidad del fenómeno de la revolución y de la guerra civil, la trascendencia del factor militar, las continuidades con respecto al período autocrático, la complejidad y heterogeneidad de los bandos enfrentados más allá de la dicotomía de blancos y rojos y, sobre todo, la magnitud euroasiática del proceso histórico, en la que no solo cuenta la dimensión política de las «minorías» nacionales, sino también las agudas diferencias socioeconómicas y culturales de los distintos escenarios regionales. Con razón, de cara a una nueva edición de la obra en 2008, justificada de nuevo en una efeméride, Mawdsley consideraba que sus interpretaciones habían resistido lo suficientemente bien el paso del tiempo.

Las implicaciones de todo este modelo tienen también su incidencia en el panorama editorial en castellano sobre el tema. La Revolución de Octubre no sale mal parada y algunos estudios clásicos, aunque exiguos, han sido traducidos a nuestro idioma. Los títulos aumentan de manera considerable si añadimos las ediciones de las obras de los protagonistas más señalados, fundamentalmente bolcheviques, por su tradicional interés desde las ciencias políticas y sociales. Sin embargo, hasta la fecha han sido solo un puñado las obras editadas sobre la guerra civil, y no las más autorizadas, necesariamente. En *Blancos contra rojos: la Guerra Civil rusa* el lector va a encontrar un instrumento con el que obtener una visión de conjunto de un acontecimiento bastante descuidado desde el punto de vista editorial y las claves para profundizar en él con una perspectiva actualizada.

El profesor Jonathan Smele mencionaba en su obra *The Russian Revolution and Civil War, 1917-1921: an annotated bibliography* —referencia imprescindible para cualquier persona que desee estudiar la Guerra Civil rusa— sobre la obra de Mawdsley: «Basado en un amplio repertorio de fuentes publicadas, este exhaustivo, erudito y bien estructurado volumen, certero y original en su interpretación, es la mejor aproximación a esta materia en cualquier lengua (sobre todo en lo que se refiere a los aspectos militares del conflicto)».

En la traducción de la obra, se han respetado las cursivas del autor.

Jesús Jiménez Zaera  
Desperta Ferro Ediciones  
Madrid, septiembre de 2017



# PRÓLOGO

## A LA PRIMERA EDICIÓN

Aunque eran ya las seis de la mañana, la atmósfera seguía siendo densa y fría. Pero una extraña claridad lívida se arrastraba ya por las calles mudas, amortiguando el brillo de las hogueras, mensajera del alba terrible que iba a levantarse sobre Rusia...

John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*,  
26 de octubre de 1917

Si el término «apocalíptico» pudiera aplicarse a un acontecimiento de la historia mundial reciente, sería a la Guerra Civil rusa, aunque no pretendo sugerir que los hechos ocurridos entre 1917 y 1920 fueran el fin del mundo. Los revolucionarios vieron estos sucesos como el *comienzo* de un nuevo orden para la humanidad y, a pesar de que no encontraron un Nuevo Jerusalén, podemos comprobar, cien años después, que realmente consiguieron crear en Rusia algo excepcional y duradero. Sin embargo, el control del poder supuso enormes sufrimientos y un desconocido, pero terrible, número de muertos —quizá entre siete y diez millones en total. Guerra y lucha, hambruna y peste —los cuatro jinetes del Apocalipsis— asolaron durante tres años al mayor país de Europa.

La historia de Rusia entre 1917 y 1920 es un tema extenso y un único libro no podría tratarlo por completo, así, en el presente trabajo, el foco apunta hacia la propia Guerra Civil. El complicado nacimiento del primer Estado y economía socialistas del mundo —que coincidió con la contienda civil— es un asunto aparte del que ya se ha escrito mucho. Esto mismo puede decirse de la (un poco menos importante) reacción internacional a los sucesos en Rusia. Los cambios en la sociedad y las revueltas de las minorías nacionales son también problemas diferenciados, aunque estos todavía aguardan un tratamiento más completo por parte de los especialistas. Por supuesto, aquí se tocan todos estos asuntos, pero, principalmente, con el objetivo de determinar qué relación tuvieron con la victoria final del bando de los rojos. Incluso al tratar los acontecimientos de la Guerra Civil me centraré en las zonas cruciales y no en regiones como la Rusia septentrional, Siberia oriental, Asia Central y Transcaucasia, cuyo destino lo forjaron otras coyunturas. Resulta innecesario ofrecer una explicación sobre el porqué de la descripción de los ejércitos y las campañas: el éxito de los rojos y la derrota de sus enemigos, los antibolcheviques y los nacionalistas, se produjo —al menos, en última instancia— por la fuerza de las armas.

De haberse publicado en la URSS, es posible que el presente libro se hubiera definido como *nauchno-populiarnyi ocherk*, un relato accesible y a la vez «científico», por lo que no se precisa de ningún conocimiento particular previo sobre la historia de Rusia. El énfasis está puesto en recopilar y hacer comprensible un material que procede de una gran variedad de fuentes. Me he apoyado en textos de tipo académico (varios de los cuales de reciente publicación) y en memorias más o menos conocidas, pero, sobre todo, he recurrido al trabajo de otros historiadores. El puzzle que están montando los expertos, especialmente en su versión occidental, está lejos de completarse, pero sin él no habría podido siquiera pensar en escribir este ensayo. He reducido las notas al mínimo, aunque las fuentes básicas para cada capítulo están recogidas en la Bibliografía.

Es preciso hacer unos cuantos apuntes sobre la forma del texto. A pesar de que a principios de 1918 cambiaron su nombre a Partido Comunista de toda Rusia, a lo largo de la obra me he referido al partido de Lenin como los «bolcheviques», pues me pareció más apropiado. El término «blancos» solo se ha utilizado, tal y como debería ser, para el sector de la contrarrevolución más conservador y dominado por los oficiales del Ejército imperial. Los rangos fueron suprimidos del Ejército Rojo en diciembre de 1917, pero aquí se utilizan los presoviéticos para expresar la experiencia militar (los oficiales del bando de los blancos son mencionados con sus rangos de la Guerra Civil, aunque muchos de los «generales» tan solo habían sido comandantes y coroneles en el ejército zarista). También es necesario recordar que ambos bandos empleaban términos como «grupo de ejércitos», «ejército», «división» y «regimiento» a modo de licencia poética. La «orilla derecha» se sitúa a la derecha cuando en un río se mira hacia la desembocadura; tu «flanco derecho» está a la derecha cuando te enfrentas a una fuerza enemiga —y, por lo general, se opone al flanco izquierdo enemigo—. Las fechas siguen el modelo del Gobierno central ruso, lo que significa que las anteriores al 14 de febrero de 1918 —de acuerdo con el «viejo estilo» (v. e.) del calendario juliano— son trece días más «tempranos», mientras que a partir del 14 de febrero de 1918 siguen el «nuevo estilo» (n. e.), el mismo sistema que se usa en Occidente. Para transcribir el alfabeto cirílico, se ha seguido el sistema convencional, con las simplificaciones habituales en el caso de los nombres. Muchos extranjeros que escriben sobre Rusia se vuelven centralistas rusos de forma inconsciente y, al igual que ellos, yo usaré la versión rusa, más conocida, de ciertos nombres propios que no son rusos en lugar de utilizar la versión más correcta (Kiev en vez de Kyiv, Brest en vez de Brzesc, Vatsetis en vez de Vaciētis, Grigoriev en vez de Hryhoriev, etc.).

Debo mostrar mi agradecimiento a numerosas personas. El personal de la excelente biblioteca del Institute for Soviet and Eastern European Studies, de la University of Glasgow, me ofreció un servicio inestimable durante mucho tiempo, y lo mismo puede decirse del Inter-Library Loan Department. Michael Shand, del departamento de Geografía de Glasgow, dibujó los mapas, que son los mejores que he visto para la época de la Guerra Civil. Buena muestra del tiempo que lleva la preparación de este libro es que,

cuando empezó, jamás había oído hablar del microchip; ahora debo decir que sin los continuos ánimos y consejos técnicos de Ann Laird y Kelvin Tyler sobre el procesamiento de textos, habría tardado mucho más tiempo en redactar el manuscrito.

Los quince cursos de estudiantes de último año y posgraduados en mi seminario de la «Revolución rusa» han generado lógicos y animados debates sobre muchos de los puntos que aquí se mencionan. Creo (al menos en retrospectiva) que los vínculos entre enseñar, investigar y escribir son vitales. Y, por último, estoy especialmente agradecido a mis amigos y compañeros David Collins, David Gillard, Robert McKean, Brian Pearce, Keith Robbins y Robert Service, que han leído todo o parte del borrador. Cada uno tenía su propia visión e hizo comentarios constructivos y valiosos. Por supuesto, cualquier error es mi responsabilidad.







# PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2008

Los historiadores discrepan sobre el momento exacto del inicio de la Guerra Civil, pero es probable que la mayoría dijera que comenzó en 1918, hace noventa años, aproximadamente. La tercera edición de este libro coincide con su aniversario.

El estudio de este conflicto ha variado en dos aspectos principales desde que se publicó *The Russian Civil War* a mediados de la década de 1980. En primer lugar, se ha producido un gran cambio de perspectiva. Mi prefacio de 1987 calificaba al poder soviético como «duradero» (pág. v), pero, en realidad, no pudo mantenerse más allá de 1991. Resulta evidente que la autoridad establecida por los bolcheviques en 1917 perduró más de setenta años, pero el comunismo ruso terminó llegando a un inesperado final.

¿Estuvo la Guerra Civil relacionada con la caída final del comunismo? Han pasado tantas cosas en los setenta años entre 1921 y 1991 que resulta complicado establecer relaciones directas. No en vano, el hecho verdaderamente importante fue la toma de poder de los bolcheviques, *anterior* a la Guerra Civil (*vid.* pág. 402). Sin embargo, ciertas características del sistema soviético que contribuirían a su colapso en 1991 se hicieron evidentes entre octubre de 1917 y noviembre de 1920. Una era el férreo monopolio de poder ejercido por el partido leninista. Otra recayó en el compromiso dogmático hacia una economía que no fuera de mercado. Los pretenciosos objetivos de la política internacional tensaron, en gran medida, las relaciones con el resto del mundo. De 1985 a 1991 también fue importante la fuerza centrífuga de esas áreas habitadas por minorías nacionales que habían sido incorporadas de nuevo al dominio ruso entre 1918 y 1920.

El segundo cambio desde la década de 1980 se ha producido en las fuentes disponibles. A comienzos de la de 1990, se abrieron al público los archivos del partido, los del Estado y —en menor medida— los del Ejército, que, junto con la publicación de antiguos documentos secretos, han ofrecido importantes nuevas evidencias. Un ejemplo es el debate a espaldas de la opinión pública de 1919 entre los bolcheviques sobre las características de la organización de su ejército; otro, las muestras de entusiasmo entre los altos mandos militares por el ataque de 1920 sobre Polonia. En líneas generales, se dispuso de abundante información nueva sobre el descontento popular y la represión del Gobierno. Al mismo tiempo, el espíritu de *glasnost* («transparencia») de Mijaíl Gorbachov, y la fascinación popular de los rusos por la Guerra Civil, condujo a la reimpresión de relatos de emigrantes blancos y de registros soviéticos que habían estado prohibidos desde finales de la década de 1920. A modo de ejemplo, en 1990, la primera revista histórica soviética

comenzó su larga publicación en episodios de las memorias del general de los blancos Denikin (*Ocherki Russkoi smuti* [Ensayo sobre los problemas de Rusia]) y la editorial Politizdat reimprimió la excelente historia militar de Kakurin sobre la Guerra Civil (*Kak srazhalas' revoliutsiia* [Cómo luchó la revolución]). Este flujo de reediciones se mantuvo durante los siguientes quince años, gracias a lo cual los historiadores rusos y occidentales pueden acceder de manera más fácil a las fuentes primarias, los rusos disponen de una mayor libertad intelectual y hay nuevos y brillantes trabajos secundarios.

Desde los años 1980, se ha abierto un debate histórico en occidente –sobre todo en Estados Unidos– sobre ciertos aspectos de la Revolución rusa y de la Guerra Civil. Esto es resultado más bien del cambio de perspectiva que de la disponibilidad de nuevas fuentes. Dicho debate ha enfrentado a los historiadores «revisionistas» contra los que podríamos denominar «neotradicionalistas». La postura «revisionista» ha sido la principal desde la década de 1970, pues había cuestionado, con relativo éxito, la visión «tradicional» de que la Revolución fue algo impuesto «desde arriba» por los intelectuales revolucionarios mediante el uso de estratagemas políticas y la fuerza bruta (esta visión tradicional, que también puede llamarse interpretación de la «Guerra Fría» o «totalitaria», se remonta, en cambio, a los años 1950 e, incluso, a los emigrantes rusos de los años 1920). Los revisionistas se centran en la historia «desde abajo» y en la naturaleza realmente «popular» de la Revolución de 1917. Observan una discontinuidad entre el leninismo y el estalinismo y explican los peores excesos de esta última ideología a través de los experimentos económicos de finales de los años 1920, por la amenaza de guerra contra la Alemania nazi y por la personalidad de Stalin. Influidos, sobre todo, por el historiador Leopold Haimson, entre los principales revisionistas se encuentran Diane Koenker, Sheila Fitzpatrick, Lewis Siegelbaum, Steve Smith y Ronald Suny. La posición contraria podría denominarse visión «neotradicionalista», ejemplificada en las magistrales obras de Richard Pipes –*The Russian Revolution* (1990) [ed en esp.: *La Revolución rusa* (2016)] y *Russia under the Bolshevik Regime* (1994)–. Pipes puso de nuevo el énfasis en la naturaleza vertical del poder soviético, en particular en el papel de Lenin. Para Pipes, el estalinismo constituía la continuación lógica del leninismo y la Rusia entre 1917 y 1924 no era menos «totalitaria» que la Rusia de la década de 1930. Vladimir Brovkin, un seguidor más joven de la teoría neotradicionalista, fue mucho más crítico con los revisionistas. Como historiador de los mencheviques (al igual que Haimson), Brovkin se centró en la resistencia popular en los inicios del Gobierno bolchevique.

Como punto de vista imparcial desde el otro lado del Atlántico, defenderé que se necesitan elementos de ambas posturas. La interpretación ofrecida en mi propio libro, *The Russian Civil War*, se vio fuertemente influida tanto por los trascendentales artículos de Haimson sobre «The Problem of Social Stability» (1964) como por el libro de Pipes, *Russia under the Old Regime* (1977). Su visión de una dirección bolchevique guiada por la ideología, cuyo control del poder se benefició de un vacío de autoridad, presenta muchos puntos fuertes; a pesar de que, por otro lado, un enfoque que opone de forma tan rígida a los bolcheviques y «al pueblo»

no está teniendo en cuenta que los miembros del partido, e incluso la mayoría de sus líderes, eran ellos mismos productos de la sociedad rusa.

En cuanto a las reinterpretaciones sobre la Guerra Civil, la que merece mayor atención trata sobre la oposición interna al Gobierno bolchevique. Vladimir Brovkin, comenzando con un estudio de la oposición menchevique al bolchevismo en las ciudades, defendió extensamente (en *Behind the Front Lines of the Civil War*, entre otros) que este «frente interno» era tan importante como, o más importante que, el frente «convencional» del Ejército Rojo contra el ejército blanco. Aunque los temas del descontento popular y de la represión bolchevique se tratan en mi propio libro (por ejemplo, en las págs. 103, 264, 339, 380), si volviera a escribirlo desde cero aportaría más detalles sobre la oposición interna. La utilización, en mi conclusión, de la expresión «pasividad de los campesinos» (pág. 387) también habría sido matizada. Lo que quise expresar era que la mayoría de campesinos era *políticamente* pasiva. En un sentido general, no pasivos ni inertes; tenían sus propias aspiraciones, podían organizar revueltas y ofrecer una resistencia violenta a la indiferencia de la Cheká o del Ejército Rojo (o blanco). Lo que no podían hacer era proponer una estructura política alternativa de un modo en que ni siquiera fueron capaces los incompetentes generales blancos. Los campesinos apenas podían tomar ciudades o bloquear de forma permanente las líneas de comunicación de los rojos. De hecho, aunque habría que prestar una mayor atención al descontento urbano, los bolcheviques no perderían hasta mediados de 1918 el dominio de las principales ciudades debido a los levantamientos obreros. Como grupo opuesto a los bolcheviques, hasta los minoritarios cosacos tuvieron más importancia que los obreros y campesinos rebeldes en la zona soviética. Ni los documentos del Ejército Rojo ni las fuentes primarias disponibles sobre Lenin o Trotski sugieren que, desde finales de 1918 hasta finales de 1920, hubiera algún frente que se considerase más importante que el de los blancos. Además, no existe ninguna evidencia de que la escalada armada contra los oponentes internos fuese más intensa que contra los «externos».

Hay otras dos corrientes de reinterpretación histórica sobre la Guerra Civil que me parecen dignas de destacar en 2008. Una es el aumento de interés en la historia autóctona, algo que ha sido posible gracias a un mayor acceso a los archivos locales. Una introducción muy útil es *Local Landscapes* (2001) de Donald Raleigh y algunos de los más recientes ejemplos del mismo género son: Raleigh sobre Saratov (*Experiencing*, 2002), Erik Landis sobre Tambov (*Bandits and Partisans*, 2007), Sarah Badcock sobre el curso medio del Volga (*Politics and the People*, 2007), Brian Murphy sobre Rostov (*Rostov*, 2005) y Aaron Retish sobre Viatka (*Russia's Peasants*, 2008).

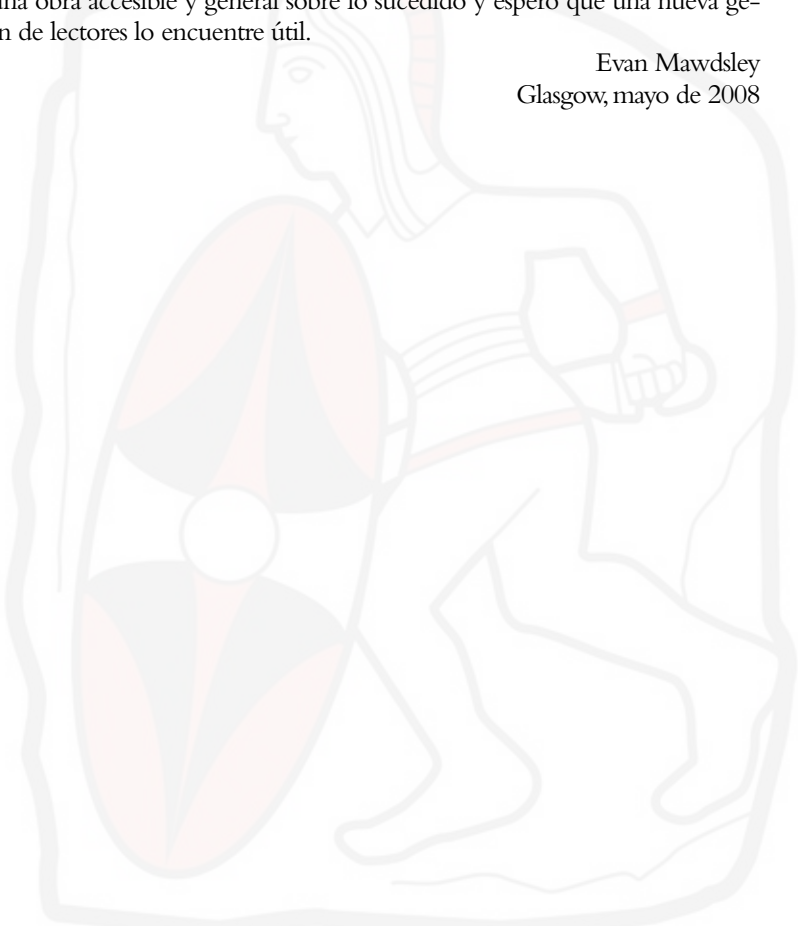
La otra corriente, en mi opinión, supone el «redescubrimiento» de la participación rusa en la Primera Guerra Mundial y la relación de esta experiencia con la revolución, la lucha civil y los inicios de la década de 1920. Yo mismo trato la continuidad en este libro (págs. 43 y ss., 389 y ss.) y el tema sobre la continuidad del militarismo se ha tratado en la obra *Soldiers of the Proletarian Dictatorship* (1995) de Mark von Hagen. Los acontecimientos entre 1914 y 1918 han sido recopilados por Peter Gattrell, en *Russia's First World War* (2005) y en una colección rusa de ensayos, *Pervaa mirovaia voina: Prolog XX*

*veka* [La Primera Guerra Mundial: prólogo al siglo XX] (1998). La «continuidad de la crisis» se discute de forma explícita en el estudio de Peter Holquist de la región del Don entre 1914 y 1921, *Making War, Forging Revolution* (2002) y en la obra de Joshua Sanborn que abarca los años desde 1905 a 1925, *Drafting the Russian Nation* (2003).

Considero, tras veinte años de la publicación original de *The Russian Civil War*, que mi interpretación se ha mantenido bastante bien. El libro fue concebido como una obra accesible y general sobre lo sucedido y espero que una nueva generación de lectores lo encuentre útil.

Evan Mawdsley  
Glasgow, mayo de 2008

DESPERTA FERR



EDICIONES

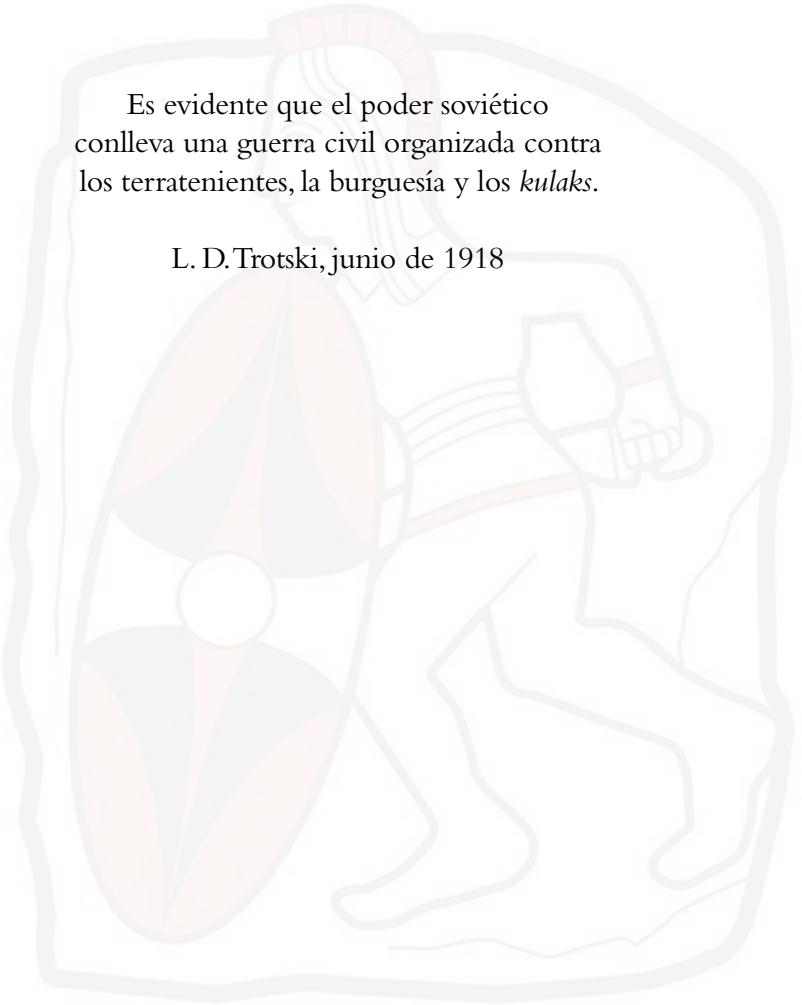
# PARTE I

## 1918: EL AÑO DECISIVO

Es evidente que el poder soviético conlleva una guerra civil organizada contra los terratenientes, la burguesía y los *kulaks*.

L. D. Trotski, junio de 1918

DESPERTA FERRO



EDICIONES



# CAPÍTULO 1

## La marcha triunfal del poder soviético: la toma de poder de los bolcheviques en Rusia central, octubre de 1917 – enero de 1918

Ciudadanos:

La contrarrevolución ha levantado su criminal cabeza. Los kornilovitas están movilizando sus fuerzas para aplastar al Congreso de los Sóviets de toda Rusia y destrozará la Asamblea Constituyente. Al mismo tiempo, los pogromistas podrían tratar de causar revueltas y masacres en las calles de Petrogrado.

Los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado asumen la defensa del orden revolucionario contra los intentos de contrarrevolución y pogromos.

Anuncio del Comité Militar Revolucionario de Petrogrado,  
24 de octubre de 1917

### OCTUBRE

Los historiadores de la Rusia contemporánea no han llegado a un veredicto claro acerca de cuándo se inició la Guerra Civil. Algunos son imprecisos, mientras que otros, probablemente la mayoría, fechan el comienzo del conflicto en el verano de 1918, en general poniéndolo en relación con un levantamiento de las tropas checoslovacas en mayo. Datar la contienda civil desde este momento conlleva importantes implicaciones: sugiere un inicio pacífico del poder soviético, aumenta el peso de la «intervención extranjera» (los checoslovacos) y relaciona las políticas radicales de los bolcheviques con el arranque de la lucha.

Desde mi punto de vista, compartido por una respetable minoría de escritores (tanto occidentales como soviéticos), la Guerra Civil empezó con la Revolución de Octubre. Los acontecimientos expuestos en los dos capítulos siguientes mostrarán que la victoria del poder soviético en el invierno de 1917-1918 iba de la mano de luchas internas de una intensidad que solo podría describirse como «guerra civil».

Así pues, la Guerra Civil rusa se inició en otoño de 1917. Para ser precisos, comenzó durante la tarde del 25 de octubre. El espectro de un enfrentamiento entre rusos había acechado en segundo plano desde el derrocamiento del zar en febrero, pero el desencadenante de la apocalíptica lucha final, que duraría tres años y costaría más de siete millones de vidas, fue la toma de poder del partido bolchevique en Petro-

grado. Destacamentos de obreros armados, marineros y soldados se hicieron con el control de la capital y arrestaron al Gobierno Provisional de Kérenski. Habían sido organizados por los bolcheviques, pero actuaban en nombre de los sóviets –los consejos de obreros y soldados; el Segundo Congreso de los Sóviets de toda Rusia se reunió la noche del 25 de octubre. La resistencia fue débil –el asalto al Palacio de Invierno se trata más bien de un mito–, pero el verdadero derramamiento de sangre se produjo algunos días después con un conato contrarrevolucionario.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en el área en torno a Petrogrado desde el 28 de octubre hasta el 1 de noviembre sirvieron de preludeo al conflicto y ya pusieron de manifiesto algunas cuestiones que serían recurrentes. Las mismas fuerzas, incluso algunos de los mismos líderes, estuvieron involucradas. Se produjo un levantamiento de jóvenes cadetes (*junkers*) en Petrogrado, mientras que pequeños destacamentos de cosacos al mando del general Krasnov (un futuro líder de los cosacos del Don) intentaban ocuparla a través de las colinas de los arrabales meridionales de la ciudad. En el bando soviético, nos encontramos a trabajadores armados y soldados y marineros revolucionarios, apenas coordinados por dos futuros héroes de 1918, Antónov-Ovsényenko y el teniente coronel Muraviev. Finalmente, los *junkers* fueron aplastados y los cosacos detenidos en Gátchina. Al igual que en la subsiguiente Guerra Civil, los oponentes civiles de los bolcheviques, los militantes de la izquierda y la derecha moderadas carecían de fuerzas propias de combate efectivas y no gozaron de ningún protagonismo.

En ocasiones, estos sucesos acaecidos en octubre se definen como un golpe de Estado, pero es posible identificar sus raíces en lo que Lenin denominó «la marcha triunfal del poder soviético», es decir, la rápida toma del Imperio ruso. En Moscú, la segunda ciudad más importante del imperio, las confusas y sangrientas luchas callejeras que se sucedieron durante varios días, junto con los bombardeos de artillería y las masacres, terminaron con la victoria de los rebeldes. En la mayoría de las grandes urbes de Rusia central y noroccidental –el futuro núcleo del territorio soviético– y también en los Urales, los sóviets locales se alzaron con el poder en el lapso de un par de semanas, sin necesidad de grandes enfrentamientos, de la escala de los de Petrogrado y Moscú. Una región aún más extensa, la mayor parte de las setenta y cinco provincias y centros regionales (*oblast*) del imperio, que se extendían desde las fronteras con Polonia hasta el Pacífico, estaba en manos de los revolucionarios a comienzos del nuevo año. Las áreas principales que se quedaron fuera del dominio soviético fueron Transcaucasia, Finlandia, cuatro provincias ucranianas y las regiones del Don, del Kubán y de los cosacos de Oremburgo.

El fin de la sencilla (para los bolcheviques) primera fase de la guerra se produjo el 5 de enero con la convocatoria en Petrogrado de la Asamblea Constituyente de toda Rusia. Las elecciones nacionales celebradas en los primeros días de noviembre habían mostrado que el Partido Social-Revolucionario, de extracción campesina, y no los bolcheviques, era el grupo que gozaba de mayor respaldo popular. Los bolcheviques permitieron que la Asamblea se reuniera una única noche y, a continuación, marineros armados cerraron la sala y expulsaron a los delegados. Con este hecho terminó la última amenaza política seria al bolchevismo en Rusia central. El dominio del poder «soviético» se vio confirmado entonces por el Tercer Congreso de los Sóviets, controlado por los bolcheviques.



## BOLCHEVIQUES Y SÓVIETS

La victoria bolchevique en el invierno de 1917-1918 no fue fruto ni de una conspiración ni de un accidente. Las esperanzas y los miedos del pueblo ruso estuvieron involucrados y precisamente estas mismas esperanzas y miedos pudieron ser comprobados, hasta cierto punto, en un único examen nacional en el momento decisivo: las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente de toda Rusia.

Los votos totales en las elecciones mostraron, sobre todo, la opinión de los campesinos, ya que más de dos tercios de los votantes pertenecían a este estrato social. Lo sorprendente de estos resultados fue la fuerza del voto *socialista*. Aproximadamente un 40 por ciento de los votos totales fue para el principal partido socialista de los campesinos (los *eseritas*) y un 27 por ciento para los marxistas (casi todos bolcheviques). Los partidos populares de las minorías étnicas, a menudo con un componente socialista, se llevaron otro 15 por ciento. En contraste con otros países, no había ningún partido mayoritario entre los campesinos que no fuese socialista, por tanto, casi cuatro votantes de cada cinco eligieron partidos que abogaban por una reforma agraria. A su vez, esto reflejó una característica básica de la política rusa —el deseo de los campesinos de acometer una reforma de la propiedad agraria a costa de la nobleza terrateniente—.

La población del imperio que vivía en las ciudades era relativamente escasa, quizá 26 millones de 160. El principal partido no socialista, el Partido Constitucional Demócrata (*kadetes*), obtuvo solo el 24 por ciento del voto urbano (en 68 de las ciudades más grandes), mientras que el voto a los socialistas supuso el 61 por ciento. El socialismo era más radical en las ciudades que entre el resto de votantes. La extrema izquierda, los bolcheviques, consiguieron un 36 por ciento de los votos, que los convirtió en el partido mayoritario. En Petrogrado, los bolcheviques llegaron al 45 por ciento, en tanto que en Moscú reunieron el 50 por ciento. Los votos urbanos a los bolcheviques sumaban únicamente 1,4 millones de los 40 millones de votos civiles emitidos; pero, como el poder tenía su base en las ciudades, estas eran cruciales. El carácter radical de los votantes urbanos tenía diversas causas. La mezcla en las fábricas de trabajadores experimentados y de nuevos obreros procedentes del campo resultó explosiva: los sindicatos habían tenido escaso arraigo en Rusia y no podían actuar como canalizadores del descontento; la guerra trajo consigo tiempos difíciles para las ciudades; el desempleo y la escasez de alimentos de finales de 1917 generaron un ambiente de desesperación y de deseo de soluciones maximalistas; y se exigió el «control obrero», por lo que la milicia obrera (Guardia Roja) se convirtió en la fuerza física para apoyar las peticiones.

Las enormes fuerzas armadas de Rusia supusieron el tercer elemento de agitación masiva. El ejército no se echó atrás ante nada durante el Gobierno Provisional. Un censo del 25 de octubre de 1917 estimó las fuerzas terrestres en 6 300 000, con otros 750 000 hombres en distritos militares en la retaguardia (a la marina se sumarían otros 750 000).<sup>1</sup> Los *soldati* —suboficiales y soldados rasos— constituían el 85 por ciento, esto es, 6 millones, por tanto, como grupo eran mucho mayores que la clase media y el doble que la clase obrera. Esta masa de hombres componía una singular fuerza social, gracias al colapso del control de los oficiales y la aparición

de los comités de soldados. Ya en otoño de 1917, el mayor deseo de los soldados era acabar la guerra y regresar a casa. Las elecciones a la Asamblea Constituyente mostraron que los soldados (de los cuales votaron 5 millones) habían apoyado de forma abrumadora a los partidos socialistas: el 82 por ciento votó a los eseritas o a los bolcheviques (los *kadetes* de centro se llevaron el 2 por ciento y los nacionalistas el 1 por ciento). Los eseritas, con el 41 por ciento del voto total del ejército, eran el partido mayoritario, pero los bolcheviques también obtuvieron un 41 por ciento de los votos de las tropas (comparado con el 24 por ciento del total de la población) y lograron resultados aún mejores entre los militares cercanos al centro del poder político. Entre los grupos de ejércitos septentrionales y occidentales consiguieron más del 60 por ciento de los votos (con el de los eseritas inferior al 30 por ciento), que se vio aumentado en las importantes guarniciones de la retaguardia: un 80 por ciento en Petrogrado (12 por ciento para los eseritas) y un 80 por ciento en Moscú (6 por ciento para los eseritas).

En definitiva, la opinión pública que predominaba era socialista, pero desconocía que el socialismo tomaría la forma del bolchevismo. El éxito del partido bolchevique a veces se explica como resultado de su organización y su programa. El líder del ala bolchevique del marxismo ruso era, evidentemente, Vladímir Ilich Lenin, que había dirigido la escisión de los bolcheviques del partido marxista ruso (el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia). Durante una década y media en el exilio había sido, si no la mayor autoridad entre los bolcheviques, al menos la influencia más importante en la doctrina y la organización. Lenin pedía la creación de un «partido de vanguardia» en su obra, de 1902, *¿Qué hacer?*: «¡Si tuviéramos una organización revolucionaria, pondríamos a Rusia patas arriba!».<sup>2</sup> Los bolcheviques habían comenzado 1917 con un núcleo de activistas dedicados, con experiencia y radicales, endurecidos por la represión zarista, comprometidos con el programa político y económico maximalista y completamente hostiles hacia cualquier vestigio del antiguo régimen. Los bolcheviques estaban mejor organizados que el resto de socialistas. Habían hallado en Lenin a un destacado líder, cuyo atrevimiento político en 1917 había superado al de sus lugartenientes más cercanos y podía equipararse al de los activistas radicales. Su insistencia en realizar un levantamiento justo *antes* del Segundo Congreso de los Sóviets (en octubre) le permitió dirigirlo con vigor y formar un gabinete «soviético» (*Sovnarkom*, el Consejo de Comisarios del Pueblo) constituido enteramente por bolcheviques.

Sin embargo, resulta sencillo exagerar los puntos fuertes de los bolcheviques. El partido de Lenin no era monolítico y se ha hecho referencia al mito de un partido bolchevique fuertemente organizado con la acertada expresión de «broma macabra». Es cierto que las afiliaciones se habían incrementado a 300 000 en octubre de 1917, pero a partir de un reducido núcleo de no más de 24 000 en febrero de 1917,<sup>3</sup> lo que implicaba que 11 de cada 12 bolcheviques contaban con solo unos pocos meses de *stazh* (experiencia). La comunicación entre el núcleo del partido y su nueva rama de afiliados era pobre. La misma toma de poder podría suponer un golpe mortal a su «aparato», pues la atención de los miembros más activos estaba centrada en su nuevo estado, el sistema soviético. Las organizaciones del partido se concentraban en unas pocas regiones radicales, como Petrogrado, la

región industrial del Centro (que incluía Moscú) y los Urales, e incluso en ellas, el alcance no se extendía más allá de los límites de las ciudades y de las zonas industriales. El número de «votantes» bolcheviques en las elecciones a la Asamblea fue 35 veces más que el de los afiliados al partido, aproximadamente 10 661 000, pero había votado un total de 44 433 000 personas. Además, las ocho provincias en las que el partido consiguió más del 50 por ciento de los votos estaban restringidas al corazón rojo del país en la Rusia central y occidental, donde también se ubicaban los grupos militares que habían dado más de la mitad de sus votos al partido —2 de 5 de los grupos de ejércitos y la Flota del Báltico—.

Ni el programa bolchevique en *su forma más pura* ni las valoraciones de los líderes bolcheviques sobre la situación del momento eran una garantía de victoria o siquiera de apoyo de un amplio espectro social, si bien es cierto que la pequeña clase obrera estaba preparada para apoyarlos y que sus vagas soluciones a la crisis —el control obrero y la expropiación a los capitalistas, el control estatal del comercio y la sustitución del mercado por intercambios bajo la supervisión del Estado— gozaban de suficiente popularidad en las fábricas. No obstante, la gran mayoría de los rusos eran campesinos y los bolcheviques un partido marxista centrado en las ciudades. Hasta bien entrado 1917, la política agraria de los bolcheviques había incitado a la transformación de las propiedades de los terratenientes en grandes granjas socialistas, en vez de simplemente repartirlas entre los campesinos. Asimismo, la visión leninista de un campesinado dividido entre pobres y ricos quedaría obsoleta en los años siguientes. En cuanto a la guerra, el objetivo de Lenin no era simplemente el pacifismo, sino la conversión de la guerra mundial en una contienda civil internacional, ya que todos los bolcheviques habían depositado su fe en el mito de una revolución europea que les salvara. También creían que, si los «imperialistas» los atacaban, podrían defenderse mediante la «guerra revolucionaria». Las tácticas políticas de los bolcheviques aparecían igualmente desfasadas: en un momento en el que el ánimo general del país todavía favorecía la cooperación socialista, la facción dominante de Lenin entre los líderes bolcheviques se negaba a cooperar con otros socialistas y, al contrario que la mayor parte de la población, los bolcheviques declararon la Asamblea Constituyente como una farsa parlamentaria muy inferior a los sóviets. Finalmente, los bolcheviques, con su énfasis en la lucha de clases, se opusieron en principio a la idea de independencia de las minorías nacionales, que constituían la mitad de la población. Así, varios aspectos de la política bolchevique no se correspondían con las esperanzas de una Rusia desgastada por la guerra, plurinacional y rural —además de que gran parte del programa era, simplemente, inviable—.

La organización y la ideología de los bolcheviques no son suficientes para explicar su éxito. Lo más importante era el concepto de «Poder Soviético». El nombre que ha recibido habitualmente, «revolución bolchevique», resulta, en este sentido, engañoso. El poder se obtuvo no en nombre del partido bolchevique, sino en el del «Poder Soviético», tomado del mucho más amplio movimiento soviético. Los consejos de obreros y soldados (*sovety*) habían surgido en la mayoría de las ciudades a comienzos de 1917. Su éxito no provenía de una especial creatividad de los trabajadores y soldados rusos (*no* de los campesinos) que los habían elegido, más bien se debía, en parte, a la falta de otras alternativas con una fuerte base en

los gobiernos locales, ya que bajo la autoridad del zar las ciudades habían estado supeditadas a personas designadas por él y por una élite adinerada. Sin embargo, los sóviets, elegidos directamente desde las fábricas y por las unidades militares, proporcionaban un modo directo (aunque ineficaz administrativamente) de ampliar el acceso a las instituciones locales a un sector mayor de población. El Segundo Congreso de los Sóviets de toda Rusia, que se reunió a finales de octubre, no estuvo dominado por completo por los bolcheviques, pero sí que mostró el descontento con el lento ritmo de cambio marcado por el Gobierno Provisional. Más aún, los líderes del levantamiento de octubre en Petrogrado aseguraban actuar en *defensa* del Congreso de los Sóviets ante la amenaza contrarrevolucionaria del Gobierno Provisional. Se decía que esta amenaza era una repetición del intento del general Kornilov, el comandante en jefe supremo del ejército, de derrocar al Sóviet de Petrogrado en agosto. Entre las altas esferas del partido bolchevique, donde había surgido la idea de insurrección, el espíritu de la contrarrevolución se utilizaba como una manipulación consciente. De hecho, las historias que formaban parte de las intrigas del primer ministro Kérenski gozaban de credibilidad incluso entre los cuadros intermedios del partido —y fue la «defensa» del congreso lo que llevó a tantos afines de los sóviets a tomar las calles en octubre—. Esta acción no fue organizada directamente por los bolcheviques, sino por el Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Petrogrado.

Los sóviets no solo encontraron una excusa para llevar a cabo el levantamiento, sino que proporcionaron el esqueleto de una administración para gobernar el país. Ciertamente, habían visto incrementado su poder durante meses y, como se ha sugerido, la Revolución de Octubre supuso más un «cambio de mando, una aceleración del ritmo» que una ruptura decisiva.<sup>4</sup> Después de la revolución, los bolcheviques se hicieron con el control del Comité Ejecutivo Central (—*VTsIK*— la personificación del Congreso de los Sóviets) y del *Sovmarkom*. La cooperación política del ala izquierda del Partido Social-Revolucionario de base agraria-socialista dio al *VTsIK* y al *Sovmarkom* derecho a representar a la mayoría campesina. La red nacional de 900 sóviets posibilitó la rápida expansión de la revolución de ciudad en ciudad hasta los lugares más distantes del imperio. Una vez que se produjo la proclamación del poder «soviético» en la capital, los sóviets locales de toda Rusia formaron sus propios comités militares revolucionarios, expulsaron a los representantes del Gobierno Provisional y acumularon todo el poder en sus manos —al contar con el apoyo de gran parte de la población—.

Lo que podría denominarse como «programa soviético» —en contraposición al programa bolchevique— también gozó de gran importancia. Una serie de reformas sociales de gran envergadura, anunciada por el nuevo Gobierno soviético, parecía justificar la confianza popular. De entre las varias propuestas del programa bolchevique, fueron aquellas relacionadas con la industria y el comercio las que se pusieron en práctica en su forma más genuina: se anunció el control de las fábricas por los trabajadores, se designó un Consejo Económico Supremo (*Vesenja*) para dirigir la economía y se nacionalizaron los bancos (todavía no hubo una nacionalización oficial de la industria, aunque muchas fábricas fueron tomadas «desde abajo» por los trabajadores). Sin embargo, en otras áreas de la política, la innovadora dureza del marxismo radical se vio suavizada en un programa más apropiado para

la Rusia de 1917. El Decreto sobre la Tierra repartía las grandes propiedades de los terratenientes entre millones de familias de campesinos (en lugar de convertirlas en «granjas modelo»); los bolcheviques sencillamente habían adaptado un borrador del programa sobre la tierra de los eseritas. El Decreto sobre la Paz proponía negociaciones con las potencias en lucha. Así, se inició el diálogo con las Potencias Centrales y el 2 de diciembre se firmó un armisticio. A medida que se enviaba a los ejércitos a casa, no volvió a oírse hablar de la guerra revolucionaria contra el imperialismo.

Durante el invierno de 1917-1918 hubo tres asuntos de gran importancia para todos los grupos sociales: la paz, la salvación ante una catástrofe económica y el cambio social. El programa soviético prometió ocuparse de ellos y consiguió un amplio apoyo en los primeros dos o tres meses tras la revolución, en especial después del fracaso del Gobierno Provisional, incluso para hacer algún amago de intervención. El programa también consiguió el apoyo popular para que los bolcheviques dominaran el régimen soviético.

### ALTERNATIVAS

El resultado después de la revolución y del éxito de la «marcha triunfal» se debió también a la debilidad de las fuerzas alternativas. La élite política zarista parecía haber desaparecido casi por completo en los ocho meses desde febrero de 1917. Poco habían hecho los Románov para conseguir apoyo político de ideología más moderna, pues sus estadistas y sus simpatizantes de la derecha consideraban a *cualquier* política como una negación de la autocracia. El apoyo popular organizado por la derecha era escaso, a pesar de las «malvadas» (para la izquierda) «Centurias Negras». El régimen dependió de la inercia de las masas, del apoyo pasivo de la élite ilustrada y, en última instancia, de la fuerza bruta de la policía y del ejército. La derecha ya no podía funcionar una vez que Rusia accedió al sufragio universal y tampoco tuvo ningún papel decisivo en la política de 1917; ni siquiera había delegados de derechas en la Asamblea Constituyente. La Iglesia ortodoxa rusa, la segunda fuerza conservadora, también ejerció poca influencia. Los estrechos vínculos con el zar pusieron a la institución en un compromiso a la vez que imposibilitaba su independencia. La primera *sobor* («asamblea general») en dos siglos restauraba el patriarcado y, tras la revolución, el patriarca Tijón excomulgó a los bolcheviques y condenó su política de paz. Sin embargo, apenas se dio ningún paso en firme. No había una base política para partidos o sindicatos organizados por la Iglesia (al contrario que en otros lugares de Europa) y esta tuvo que basar sus esperanzas en un «aumento» incierto de los creyentes. Por su parte, los bolcheviques no disponían ni de la fuerza ni de la necesidad de atacarla directamente. Si bien al metropolitano de Kiev lo asesinaron en enero de 1918, se trataba de un caso excepcional. Los ataques iniciales se concentraban en la jerarquía y eran sobre todo verbales, al tiempo que la Iglesia se debilitaba más aún debido a la pérdida de su riqueza, de escuelas y de sus funciones en el Estado.

La tercera pata del trípode conservador, el Ejército, también resultó inútil, aunque es especialmente interesante puesto que se convertiría en la base de la contrarrevolución de los blancos. La autocracia fue tan férrea que el cuerpo de oficiales en

el ejército desempeñó históricamente un pequeño papel en la política. La última acción, en este sentido, del ejército fue un intento de golpe de Estado por los oficiales más jóvenes en 1825, el Levantamiento decembrista, pero hubo otros motivos más recientes que explicaban su impotencia política. El antiguo ejército regular fue aniquilado en batalla entre 1914 y 1915 y, a continuación, recibió un aluvión de nuevos reclutas y oficiales de tiempo de guerra, por lo que, en 1917, solo un oficial de cada diez provenía del ejército regular y se perdió el sentido corporativo del cuerpo de oficiales. Entonces llegó la revolución. El control de las unidades por los comités, condenado por el Gobierno Provisional, corroyó la capacidad del ejército de luchar o de mantener el orden interno. La ofensiva de junio de 1917 fracasó con estrépito y, con ella, la idea de que el combate restituiría la disciplina. A finales de agosto de 1917, el general Kornílov, el comandante en jefe supremo del ejército, ordenó a las tropas que se desplazasen a Petrogrado, aunque no está claro si Kornílov pretendía frenar el poder de los sóviets o sustituir el Gobierno Provisional de Kérenski con una dictadura militar. Sea como fuere, el intento resultó una catástrofe tanto para los generales como para Kérenski. Las tropas fueron fácilmente detenidas por los agitadores soviéticos, Kornílov arrestado y se perdió cualquier cohesión en el mando del ejército que sobreviviera a la Revolución de Febrero. El primer ministro Kérenski, abogado de profesión, se convirtió en el comandante en jefe supremo, pero no contaba con el apoyo de los oficiales más experimentados, que consideraban que había traicionado a Kornílov. Al mismo tiempo, los bolcheviques acusaban a Kérenski de haber conspirado con Kornílov y, ocho semanas más tarde, amenazaron —con un éxito decisivo— con el fantasma de otro alzamiento militar, esta vez contra el Segundo Congreso de los Sóviets. Así pues, en el punto crítico del levantamiento de octubre, el Comité Militar Revolucionario, dominado por los bolcheviques, mandaba la guarnición de Petrogrado, cuyas unidades o bien se mantenían neutrales o bien apoyaban activamente a los rebeldes.

La desintegración del ejército se aceleró después de la revolución. Con la decapitación del Gobierno Provisional, un joven general llamado Dujonin se convirtió en el comandante en jefe supremo en funciones. Se hallaba en un limbo, aislado físicamente con la *Stavka* (cuartel general) en Moguiliov, a 650 km de Petrogrado. Aunque se le unieron algunos de los líderes moderados socialistas, con la esperanza de establecer un centro de gobierno rival, carecían de la voluntad para actuar y Dujonin no consiguió verdaderos apoyos que le respaldasen. Finalmente, el 20 de noviembre —veintiséis días después del levantamiento— llegaron a la *Stavka* trenes cargados de efectivos de la Guardia Roja y de marineros del Báltico con un comandante en jefe supremo designado por los sóviets, un subalterno bolchevique llamado Krylenko. Dujonin se personó en el vagón de Krylenko, donde fue agredido por la multitud y atacado con bayonetas hasta la muerte. Krylenko gozó de menor autoridad aún que Dujonin o Kérenski y, a mediados de noviembre, no había nadie que controlase al ejército. Los grupos de ejércitos del Sudoeste y Rumano pasaron a ignorar a la *Stavka*, mientras que los grupos de ejércitos del Norte y del Oeste, incluso más leales a la causa soviética, se desintegraron todavía más rápido. A mediados de diciembre, el Gobierno soviético aprobó una ley acerca de la elección de comandantes y de la supresión de los rangos y también sacó adelante una desmovilización por fases.

A 16 km al sur de Moguiliov se ubicaba la prisión de Byjov y, dentro de ella, los generales que habían desempeñado algún papel en agosto de 1917: Kornílov, Lukomski, Denikin y Markov, entre otros. Se dieron cuenta de que no quedaba ninguna esperanza en la Rusia central, motivo por el cual, el día antes de que Krylenko llegase a Moguiliov, huyeron e iniciaron un viaje de 965 km hacia la región de los cosacos del Don, al sudeste de Rusia. La contrarrevolución seguía viva. La derecha se constituiría finalmente como el principal obstáculo frente al bolchevismo. Los oficiales nacionalistas del Ejército —y en particular los prisioneros en Byjov— formaron los ejércitos blancos. Contaban con la bendición de la Iglesia y los políticos de derechas les facilitaron a sus asistentes más importantes, pero esto solo sucedería desde finales de 1918 hasta 1920. En 1917, en el sobrecargado ambiente democrático de la época, todas estas fuerzas resultaban inútiles.

Los liberales *deberían* haber gozado de una mejor oportunidad ante el bolchevismo que los conservadores, pues creían en el parlamentarismo y la Revolución de Febrero les había catapultado hacia el poder. Sin embargo, en realidad, una característica de la revolución —y de la guerra civil que le siguió— fue la impotencia de los partidos de centro. En las elecciones a la Asamblea, el principal de ellos, los constitucional-demócratas (*kadetes*), consiguieron menos del 5 por ciento de los votos. El liberalismo partió con grandes ventajas: la clase media era reducida, quizá unos seis millones en total; el primer parlamento ruso fue creado solo doce años antes de la revolución; y, tras la revolución de 1905, la autocracia comenzó a recuperar su poder. Los liberales respondieron con gran precaución (para asegurar lo ya conseguido) y con la intención de encontrar puntos en común con el Gobierno; pero, como resultado, no se convirtieron en una oposición popular. Los sucesos de febrero de 1917 y el poder solo sirvieron para desacreditar a los centristas. La facción dominante de los *kadetes* rechazaba las reformas sociales extensas y daba prioridad a la guerra y a la ley y el orden. Aunque se consideraban la élite gobernante por naturaleza, los liberales carecían de experiencia administrativa y de cualquier base real en el Gobierno local (no podían participar en los sóviets). Para el invierno de 1917-1918, los *kadetes* se identificaban en la mentalidad popular como reaccionarios —y al mismo tiempo eran odiados por los verdaderos reaccionarios, que les veían como desleales al zar y responsables del deplorable estado del país—.

A menudo, la derecha y el centro se agruparon en la *tsenzovoe obshchestvo* («sociedad censitaria»), las clases propietarias, y en la oposición tenían el amplio espectro de la supuesta *revoliutsionnaia demokratiia* («democracia revolucionaria»). Durante la primera mitad de 1917, la *demokratiia* dominó por completo los sóviets y compartía el poder con los liberales en la coalición de gobiernos provisionales. La opinión pública rusa era socialista y los socialistas de una u otra facción obtuvieron, como hemos visto, el 80-90 por ciento de los votos a la Asamblea Constituyente. Aun así, la «democracia revolucionaria» unificada fue otro de los afectados por la revolución, cuando el dominio político se transfirió a un grupo socialista minoritario, los bolcheviques de Lenin.

Podemos descartar la oposición de los mencheviques rápidamente. Al ser marxistas ortodoxos, necesitaban de una auténtica revolución «burguesa» previa

a la socialista. Esto les llevó primero a apoyar al Gobierno Provisional y, luego, a formar una coalición con los liberales. Para octubre, perdieron el protagonismo inicial en los sóviets locales y estaban muy divididos internamente. Sus apoyos eran escasos; en las elecciones a la Asamblea solo consiguieron un resultado desastroso, inferior al 3 por ciento. En otoño, se constituyó una nueva directiva menchevique de izquierdas —demasiado tarde para recuperarse de la pérdida de apoyo—. Poco hicieron los mencheviques después de la revolución; ni se oponían al gobierno de los «trabajadores» ni se unían a la coalición antibolchevique.

Mucho más destacable fue el fracaso del Partido Social-Revolucionario, el núcleo de la *demokratiia*. Si algún grupo tenía el «derecho» a gobernar Rusia, eran los eseritas: desde un punto de vista lógico, porque eran el partido de los campesinos en un país de campesinos, un partido con una tradición que se remontaba a los populistas de la década de 1860; y, desde un punto de vista legal, porque ganaron las elecciones a la Asamblea Constituyente. Sin embargo, fracasaron. En parte, se debió a que el Partido Social-Revolucionario era un reflejo demasiado *fiel* de la realidad rusa. Su electorado era el campesinado y el poder político lo ostentaba la minoría urbana, es decir, las cifras no podían traducirse en poder. No basta con decir que los campesinos estaban destinados a perder, o con afirmar —frente a los marxistas— que la clase campesina de «pequeños burgueses» condenada a desempeñar un papel subsidiario. El fracaso de los eseritas se debió también a un fallo en el liderazgo. Su historiador, Radkey, culpaba, en última instancia, a los intelectuales que dirigían el partido. El ala derecha sustituyó la pasión revolucionaria de 1905 por otra por la defensa nacional. El centro quería evitar una división con la derecha del partido y, al mismo tiempo, se vio afectado por la poderosa influencia de los catedráticos que formaban parte de los *kadetes* y de los teóricos mencheviques. El ala más radical fue incapaz de sacar adelante su política de rápidas reformas sociales. Los social-revolucionarios se unieron a la coalición del Gobierno Provisional en mayo de 1917 y se identificaron con ella; Kérenski, el primer ministro desde julio, se mostraba más cercano a ellos que a cualquier otra formación. Al ser constantemente superados por los bolcheviques, el Partido Social-Revolucionario perdió su influencia entre los trabajadores y los soldados.

Cuando estalló la Revolución de Octubre, los eseritas no supusieron ningún desafío. Dependían de que la impotente Asamblea Constituyente les otorgase algún poder y carecían de apoyo armado. La creciente pérdida de confianza de los social-revolucionarios en sus compañeros de coalición del Gobierno Provisional les llevó a formar por su cuenta el «Comité para la Salvación de la Revolución», pero aún habrían de pasar cinco meses de terribles desastres en política económica y exterior por parte de los bolcheviques para que los eseritas formaran su contragobierno, junto con el apoyo extranjero de la Legión Checoslovaca. A partir de finales del otoño de 1917, los problemas de los eseritas empeoraron por las divisiones internas. La directiva se vio privada políticamente de muchos de sus miembros en las ciudades y guarniciones esenciales en Rusia central, que se radicalizaron tanto como los bolcheviques. El Congreso de los Sóviets de Campesinos de toda Rusia (noviembre) no constituía una alternativa al Segundo Congreso de los Sóviets de Obreros y Soldados dominado por los bolcheviques; de hecho, estuvo marcado por las luchas entre facciones dentro de los social-revolucionarios.



Cuando se produjo la división del partido en noviembre, benefició a la hegemonía bolchevique. Los separatistas, los «eseritas de izquierda», combinaban el apoyo de las masas con una política radical, pero carecían de la experiencia para llevarla a cabo. Lejos de ser una amenaza, los eseritas de izquierdas apoyaron a los bolcheviques y, en diciembre, se convirtieron en los miembros más recientes en la coalición de socialistas de izquierdas.

El auténtico final de la *demokratiia* fue la reunión de la Asamblea Constituyente. La Asamblea fue un acto clave —la culminación de los esfuerzos de los eseritas en 1917 y el símbolo que enarbolarían en 1918—. Como sabemos, los bolcheviques la clausuraron tras solo una sesión (la noche del 5 al 6 de enero), pero su cierre fue un *síntoma* de la debilidad de los eseritas, no la *causa*. El Partido Social-Revolucionario carecía del apoyo local para defender físicamente el edificio de la Asamblea (el Palacio Táuride de Petrogrado) y no contaban con ningún respaldo en el resto de Rusia. Radkey apunta, de forma convincente, que los miembros restantes del Partido Social-Revolucionario no gozaban de una mayoría absoluta: perdieron a los delegados eseritas de izquierda y los eseritas de Ucrania no asistieron; incluso sin Lenin, la Asamblea «se habría derrumbado por su propio peso». <sup>5</sup> Personalmente, añadiría que, aunque los eseritas hubieran protegido el Palacio Táuride, o hubiesen conseguido la mayoría simple en la Asamblea, no podrían haber triunfado en todo el país. Los instrumentos clave del poder local, los sóviets urbanos, les eran, en su mayoría, hostiles.

La Asamblea Constituyente supuso la última de las grandes ilusiones de 1917 y con su clausura comenzó el frío y oscuro año de 1918. Los bolcheviques iniciaron la Guerra Civil en octubre de 1917; diez semanas después, en enero de 1918, consiguieron algo decisivo para el resultado final de la contienda: el poder en el corazón de Rusia, una amplia base que nunca se les podría arrebatar.

Existe un paralelo histórico interesante entre la Rusia central de 1917 y 1918 y la Alemania de 1918 y 1919. En esta última, a pesar de la caída de la monarquía, los motines, los sóviets locales (*Räte*) y la Revolución espartaquista de Berlín, no hubo guerra civil; la extrema izquierda nunca se acercó al poder. Lo cual no sucedió por casualidad. Las elecciones a las asambleas constituyentes de Rusia y Alemania mostraron que la opinión pública era más socialista en Rusia, con un componente radical más fuerte (la versión alemana de la Asamblea Constituyente tampoco se retrasó; fue elegida y convocada a las trece semanas de revolución). Existían similitudes entre ambas: la derecha y el centro-derecha eran débiles (aproximadamente un 5 por ciento de los votos en Rusia y un 15 por ciento en Alemania); a la vez que el principal partido moderado socialista (los social-revolucionarios y los socialdemócratas «mayoritarios» alemanes) consiguieron la mayor parte de los votos, pero no la mayoría absoluta (40 y 38 por ciento). No obstante, en Alemania había más partidos de centro y de centro-izquierda, que incluía el Partido de Centro (Zentrum) controlado por la Iglesia; como resultado, la coalición liderada por los socialistas moderados consiguió una mayoría absoluta del 76 por ciento. En Rusia, el partido marxista radical alcanzó el 24 por ciento (en comparación al 8 por ciento de los socialdemócratas «independientes» de Alemania); los nacionalistas locales que consiguieron el 20 por ciento de los votos rusos no contribuirían a la

formación de una coalición. El voto a la asamblea reflejaba los grandes obstáculos a los que debían enfrentarse los rusos. La diferenciación social estaba más agudizada, la gente veía amenazada su propia supervivencia, el campesinado no podía utilizarse como fuerza estabilizadora y el asunto de la guerra y la paz seguía sin resolverse. Más aún, el Estado y el ejército habían colapsado en Rusia, mientras que en Alemania la coalición de «Weimar» de centro-izquierda fue capaz de utilizar estos elementos para imponer su voluntad.

Los bolcheviques rusos, con un programa popular y unos cimientos proporcionados por los sóviets, consiguieron el poder sin mayores dificultades, aunque todavía quedaba por ver cómo resolverían los problemas que el Gobierno Provisional había sido incapaz de solucionar. Mientras tanto, la guerra civil se extendía hacia la periferia del imperio.

## NOTAS

- 1 Gavrilov i Kutuzov, pp. 87-91.
- 2 PSS, 6, 127.
- 3 Service, 1979, p. 36; Rigby, 1979, pp. 59-62.
- 4 Keep, 1976, p. xi.
- 5 Radkey, 1963, pp. 283, 308, 466.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



La Revolución de Octubre de 1917 constituyó uno de los hitos sobre los que giraría el devenir del mundo contemporáneo, un acontecimiento axial que, sin embargo, no puede entenderse en todo su significado sin tener en cuenta la guerra civil que desencadenó a continuación.

En *Blancos contra rojos: la Guerra Civil rusa*, el profesor Evan Mawdsley ofrece una interpretación exhaustiva de este vasto y complejo periodo, que asoló el antiguo imperio de los zares, alzó a los bolcheviques con la victoria y marcó el nacimiento de la Unión Soviética. Mawdsley ha conseguido con esta obra una de las síntesis más completas hasta la fecha sobre las operaciones militares de la contienda, pero su análisis no se detiene ahí, sino que incorpora otros factores decisivos como la lucha por el poder político, la disputa por los recursos del país, el papel del campesinado, las tensiones regionales entre centro y periferia rusas o las implicaciones internacionales del conflicto. Sus conclusiones, originales e incisivas, van más allá de las causas de la victoria bolchevique y plantean la relación entre la tradición autocrática rusa, el proceso revolucionario y la guerra civil para comprender el inmediato advenimiento del estalinismo y la posterior evolución de la Unión Soviética.

Cien años después del comienzo de la lucha de blancos contra rojos, podemos disfrutar, por fin en castellano, de un libro de referencia sobre el acontecimiento que marcaría todo el siglo XX: la Guerra Civil rusa.

ISBN: 978-84-946275-0-7



9

788494 627507

P.V.P.: 24,95 €

**OTROS  
TÍTULOS**